

Las herencias de 1968

Dijo el Rector Graue de la UNAM, en su discurso ante el pleno de la Cámara de Diputados, que los efectos del movimiento estudiantil de 1968 influyeron en el resultado de las elecciones de este año. Pero, las jornadas a las que alude ocurrieron hace medio siglo, ¿es posible que hayan sido un factor en el triunfo de López Obrador, un candidato que ha reivindicado la herencia del 68 desde los inicios de su carrera política opositora al régimen?

Si consideramos la escala del tiempo en las sociedades, tan distinta a la que muestran las vidas individuales, es factible que movimientos colectivos que revelan una gama muy diversa de vertientes: políticas, culturales, sociales, educativas, filosóficas, vayan desgranando sus consecuencias o secuelas en un largo proceso histórico. Más aún si en su momento fueron derrotados por las fuerzas del régimen al que combatieron y no accedieron al corazón del mismo, que es el poder político. Puede pensarse en un acontecimiento —si bien remoto y distante en lugar y circunstancias— como un referente histórico. Me refiero a las revoluciones europeas de 1848, sobre todo a la francesa, que derrotadas y todo, marcaron con su impronta todo el siglo XIX.

Es el caso del movimiento estudiantil popular de 1968. Fue una rebelión democrática contra un régimen obstructor de las libertades públicas, intolerante con los opositores, represor contumaz, enemigo jurado de las elecciones libres y muchas otras tropelías por el estilo. El movimiento de 1968 fue derrotado, su novel dirección compuesta por jóvenes menores de treinta años los más “viejos”, fue dispersada de diferentes maneras, sus bases sociales golpeadas y aterrorizadas. Entonces, es imposible que alcanzara sus objetivos, expresos o implícitos cuando concluyó o en los tiempos posteriores. Oigo todavía decir que el “68” no sirvió para nada porque menos de dos años después fue electo presidente Luis Echeverría, uno de sus verdugos y le siguieron varios priístas. Pues es un razonamiento ingenuo. El régimen, el viejo régimen obtuvo una victoria y así se comportó, como lo han hecho los vencedores todo el tiempo. Pero fue un triunfo envenenado. La flecha clavada por las luchas estudiantiles de 1968 lo dejó herido, aunque, por lo pronto en apariencia casi todopoderoso.

Veamos esto desde una perspectiva histórica, examinando tan sólo los cambios en el ámbito electoral, los más visibles, aunque no siempre los de mayor relevancia. En 1978, el gobierno de José López Portillo puso en marcha la primera de las reformas políticas modernas. Estaba dirigida a “institucionalizar la lucha de los contrarios” (al entonces Presidente no se le puede negar su ingenio para acuñar agudas frases) y ello significaba sobre todo legalizar a las organizaciones de las izquierdas, empezando por el antiguo Partido Comunista Mexicano, que desde la época de Lázaro Cárdenas vivía en una especie de penumbra: ni se prohibía su existencia ni tampoco se le permitía actuar legalmente. El cambio, de igual manera quería abrir la puerta a nuevas agrupaciones partidarias. Se trataba de una mercancía política, como dijo entonces Arnaldo Córdova, para consumo de las izquierdas, que varios de sus componentes aprovecharon para organizar partidos políticos, proyectarse nacionalmente y, por primera vez, acceder a la Cámara de Diputados. No hay que quebrarse mucho la cabeza para encontrar el vínculo entre el movimiento de 1968 y esta primera transformación o escalón si se quiere así llamarlo. Es tan evidente por los protagonistas, los discursos oficiales y los de los líderes opositores que salta a la vista.

Luego, vinieron las elecciones de 1988. El PRI se partió y hubo de enfrentar a un candidato sí, salido de sus filas: Cuauhtémoc Cárdenas, pero que, por su trayectoria, sus nexos fami-

liares, sus relaciones, su programa, fue asumido como propio por casi toda la izquierda de su tiempo, incluyendo a los que venían del PCM y de los nuevos destacamentos partidarios surgidos en la década previa. El gobierno, es casi seguro, perdió la elección presidencial en 1988. Hizo fraude e impidió que esta constelación de fuerzas izquierdistas, de muchos colores y talentos, asumiera el poder estatal. Pero no pudo evitar que entre tumbo y tumbo, entre zig-zag, continuara organizándose la oposición con nuevos liderazgos. Otro escalón más, también vinculado al movimiento estudiantil. “Sin 68, no pudo haber 88”, se dijo entonces. Y esto es incuestionable.

El gobierno de Salinas de Gortari se empeñó a fondo en acabar con esta oposición de izquierda, ya agrupada en el Partido de la Revolución Democrática, proyecto que con buen tino se puso en acto, impidiendo que los logros de 1988 se esfumaran y se desembocara en una pura frustración. El gobierno, con una mano concilió con las derechas, principalmente con el PAN, le hizo múltiples concesiones, de igual manera con el clero católico, luego puso en práctica políticas de asistencialismo. Con la otra, desencadenó la violencia contra militantes de las izquierdas, notoriamente numerosos perredistas. En este contexto desventajoso se produjeron las elecciones de 1994, en las cuales el candidato del PRI arrolló.

Sin embargo, el gobierno de Zedillo, bajo presiones nacionales e internacionales, promovió en 1996 la reforma electoral de mayor calado desplegada hasta ahora. Conforme a las nuevas reglas, pasaron dos cosas de enorme trascendencia: el PRI perdió por primera vez la mayoría en la Cámara de Diputados y el PRD ganó, con Cuauhtémoc Cárdenas, la jefatura de gobierno del Distrito Federal, el segundo puesto político en importancia. De nuevo, se dijo: “Sin el 88, tampoco pudo haber 97”.

Vinieron las elecciones del 2000. La organización de las izquierdas se retrasó, el PAN pudo aglutinar a un mayor número de inconformes con el sistema y triunfó con un buen candidato. Vicente Fox lo fue, no obstante su rudimentaria formación política e ignorancia, unas de las razones que harían de él un presidente menos que mediocre y, al final, un marrullero al estilo de sus antecesores. Los herederos de 1968 perdieron esta elección, pese a que los antecedentes auguraban una victoria. Sin embargo, el PRD reafirmó su triunfo en las elecciones del Distrito Federal y Andrés Manuel López Obrador se convirtió en el nuevo Jefe de Gobierno del DF.

En 2006, otra vez una amplia coalición de fuerzas populares con un prestigiado candidato ganó la elección. El gobierno perpetró entonces un descomunal fraude, que no obstante apenas puso a su candidato a unas centésimas de puntos arriba de AMLO. La ola popular retrocedió de nuevo y en su retorno, no alcanzó a alzarse lo suficiente en 2012 para arrollar a los partidos del sistema y a la vieja clase política. El PRI regresó al poder, tanto o más corrupto y envejecido que antes.

Seis años después, la ola de 2006 y 2012 regresó como un tsunami y mandó al PRI y al PAN a espacios menores o mínimos. El PRD, víctima de incongruencias reiteradas en su dirección, apenas saca la cabeza del agua y está a punto de perecer. Aun cuando en MORENA pululan ahora funcionarios a cual más ajeno a las matrices ideológicas y políticas de 1968, los orígenes del partido y el grueso de sus adherentes están irremediabilmente ligados a las luchas de hace cincuenta años. Desde esta visión histórica, el Rector de la UNAM tiene razón. Es posible apreciar que, junto con una variedad de factores, la influencia del movimiento estudiantil popular sí llegó hasta el 1 de julio de este año. ¿Se mantendrá en el ejercicio del nuevo gobierno?